

ECOS DE LA VIDA LITERARIA

Al margen

VARIACION MUSICAL

En sede literaria, la duda ofende. Que si un tema halló largo favor en las bellas letras fue, a no dudarlo, ese de la música. Sin inquietar a Platón y San Agustín ni traer al peine la «Oda a Salinas» o las silvas en cinco cantos que al asunto dedicó don Tomás de Iriarte, ningún buen lector olvida la parte principalísima que el arte de Euterpe tiene en famosas páginas novelísticas, de Tolstói y Korolenko o Fogazzaro a Proust, Romain Rolland, Huxley o Samuel Beckett. De intento no cito autores germanos, pues si hay un componente sin el cual trabajo costara imaginar a Alemania (como la literatura para Francia, la arquitectura en el caso de Italia) es justamente la música. No en vano, cuando en su destierro de Los Angeles se aplicó Thomas Mann a novelar los destinos del pueblo alemán a la luz de la amarga experiencia nazi, para su última gran creación —(Doktor Faustus)— hizo del protagonista, el endemoniado Leverkuehn, no otra cosa que un músico. Aunque el doctor teutón el literario como el auténtico, ni en sus correrías escritas ni en las reales de médico y mago (ahora han probado que también ejerció en Santo Domingo) mostrara la menor afición a números concordados y consonante respuesta.

Ni Fausto ni los alemanes de su tiempo, pues, aunque acaso sorprenda, la conciencia musical no aparece en los escritores del país hasta el Romanticismo. No la tuvo Goethe, tan curioso de la luz y de las ciencias naturales, ni su inseparable Schiller, ni Heidegger, prendado de la Grecia antigua. En la sociedad prerrevolucionaria, en las sofisticadas cortes germanas, el músico sigue siendo un servidor especializado para divertir a príncipes y condesas. Y hay que llegar a un músico profesional y fantástico narrador (además de caricaturista) cual E. T. A. Hoffmann, sempiterno rebelde, para que en las letras alemanas aparezcan los músicos como mensajeros de otros mundos y a la música de su país se abra la fantástica carrera de arte de las artes. Adoraba a Gluck y a Mozart (al extremo de adoptar el nombre de Amadeo, en su honor) y los eternizó en sus cuentos, fue el primero también que caló la grandeza del Beethoven de la Quinta y de los Tríos. Y con su personaje autobiográfico, el compositor Johannes Kreisler, genio asocial, desenfrenado, demoníaco, inconstante, acrecentó su galería de tipos y enfoques destinada a influir hondamente las letras y las artes, desde expresionismo y surrealismo a la novela de misterio y de anticipación. Al propio Mann: Adrian Leverkuehn no es sino un Kreisler que pactó con el diablo.

Pero eso fue después. Schumann, Berlioz, Offenbach, Wagner, Brahms acuarán en seguida el impacto; pero los literatos románticos fueron menos sensibles a la llamada, y se reservaba al menos romántico la exhumación del mito: a Federico Nietzsche, identificando a Kreisler con Ricardo Wagner, Kreisleriano, Wagner, por su capacidad de evocar el abismo y la muerte, ni que sea al servicio de una religiosidad falsa, una decadente sensualidad, una ideología pueril y disparatada, las más histriónicas exageraciones del teatro. Una demoníaca capacidad, peligrosamente nórdica, a la que el inflamado anacoreta del Tigullio oponía la clara y vibrante música meridional, mediterránea (y ya es pata que el paradigma lo hallase en la «Carmen» bizetiana). Pero el Mediterráneo dio la llamada por respuesta, o alzó un Puccini, cuando más; el Mediterráneo se hizo wagneriano. Y cuando, andado el siglo, el austriaco Werfel intenta un anti-Wagner en su novela «Verdi», la verdad es que el cisne de Pésaro le sale peligrosa y deletarmente romántico, Leverkühnlano.

La música, ya de sí es sospechosa. Esta feroz sentencia de Nietzsche es confesado (detimotiv) de la novela de Mann. Mezcla de Wagner, Schumann, Mahler, el propio Schönberg, por ejemplo de músicos posesos, el demoníaco y típicamente alemán compositor Leverkuehn Kreisler trascendió, todo lo corrompe, al modo que corrompida por esencia está la Alemania hitleriana, y no por hitleriana (la música del anti-nazi Schönberg no es menos una fantasmagoría del diablo, a decir de la novela). Que, luego, ni el compositor ni el novelista acierten a encuadrar la música matemática y teológica de Bach, o la mediterránea de Mozart, y salven de milagro a un Beethoven —por citar tres cimas germanas—, es harina de otro costal. Pero lo cierto es que, en la novela, se trata del arte diabólico de una nación endemoniada, y que con ella perecerá.

No se excluye que, acaso, día llegará en que una partitura de Bach o de Beethoven no sea más que un resto de papel cubierto de signos cabalísticos e incomprensibles. Máxime donde los medios mecánicos de divulgación, las guitarras eléctricas, los relinchos ye-ye y la música concreta están dando buena cuenta del viejo arte, sin menester catastrófes atómicas. Y según el «Juego de las cuentas de abalorios», cabe asimismo que en la utópica Castalia la música sea enseñada como las lenguas muertas. Con todo, mientras se realiza la predicción de Hesse, está demostrando que la tesis de su compatriota y colega en el Nobel no se hizo realidad. No desapareció la nación alemana ni, por ende, la música. Como decía aquel spengleriano, ante las ruinas teutónicas del 45: «No es paradoja que la decadencia de Occidente se haya cumplido, y sobrevivamos?» Vaya por quienes se empeñan en que poeta sea sinónimo de profeta. — M.

Cuando acorren los hermanos

OTRA DIANA DE MARIO VARGAS

Medio siglo atrás don Ricardo Rojas, autodidacta y monstruo de erudición, catedrático por decreto y doctor honoris causa de una decena de universidades, echó cuatro recios tomos para historiar la literatura de su país, la argentina. Sus buenas 2.500 páginas; más que obras hubieran aparecido en aquel primer siglo de vida nacional. Y no digo que sobran tomos, a la vista de la cosecha libresco hasta aquel entonces; mas pienso que si el fuelle de don Ricardo trabaja con la producción del medio siglo que siguió, su obra de argentinidad tendría hoy no menos volúmenes que el Espasa. Con más fundada justicia que en la etapa primera, que a la verdad no daba en nuestros pagos ocasión a demasiados tomos; pero en el período entreguerras, y en estos años mayormente, las cosas mudaron de alto abajo. O serán las mismas, si cambiadas positivamente en nuestro aprecio y aun imponiéndose mundo adelante.

Mecidos en la marea de poesía hispanoamericana que a instancias de don Marcelino, de Alberto Ghraldo o Fernando Maristany nos servían los editores de acá, apenas si nos enteramos de una pujante, novelística allá del mar (y pongo la benemérita excepción de Araluce) hasta que nos cayó el turbión —epopeya de Sandino y de Paraguay ayudando— de la novela de protesta, social, indigenista, del Caribe al Ande. El mozo que yo era, excusen el personalismo, debía para entonces a Juanito Vicens y su Librería española de rue Gay-Lussac el conocimiento de Rivera, Edwards Bello, Güiraldes, etcétera, con el imaginable choque en un devoto de los escapistas servidos por la editorial de don José Ortega. Mas con la debida salva a esos grandes, los demás ultramarinos no pienso quitasen el sueño a autores y lectores nostrales. Y si contaban los argentinos, algún centroamericano, sería por lo que guardaban de europeos (no en la temática sino en la técnica y actitud), por sentirlos embarcados para nuestra misma singlatura. Luego, bajados los humos épicos y metidos en lo de la Hispanidad, puesto de moda dondequiera y para bien o para mal lo español, coincidiendo un nuevo brio de nuestra poesía y novela, campaneadas por los extraños, persuadiéndonos los forestos de que vivían nuestras letras nueva edad de plata, ya que no de oro: nada propicia se presentaba la ocasión para dar vela a los colegas del otro lado. De allá, a lo sumo importaba la traducción de tanta obra nueva, innovadora, vedada a los editores de aquí y que en vano buscarais en su versión original.

Se cambiaron las tornas. La acción benéfica de los concursos en cuanto determinante de vocaciones y canonizaciones, acaso por su excesiva proliferación ya no va resultando tan positiva, de unos años acá. Los valores consagrados, acreditados quedan y procuran mantenerse a la altura de ese crédito. Mas los valores nuevos no surgen como antes; penuria, atonía, desorientación, tedio soberano parecen lastrar la nueva novelística. Y como los concursos dan lo que hay, no les cabe inventar, reputemos una suerte que acojan obras de ultramar, Merced a lo cual la minoría lectora va entrando por aquellos predios. Será por la capacidad fabuladora y la novedad temática, por no sé qué fuerza telúrica y acentos de sinceridad, o por lo que fuere. Asimismo, acaso, por su recio sentido del lenguaje, ese expresivo y jugoso y bien gobernado castellano que nos devuelven.

Apegados por inercia a un ayer de madrepatria e hijas un algo respondonas, a muchos cuesta admitir que las dieciocho o diecinueve se hicieron en el

interin talluditas, marcados a buril sus perfiles y con presencia corpórea, bien advertida, en el universo mundo. Que las hijas se nos tornaron hermanas. Dieciocho o diecinueve hermanas, y una más: España. Pues bien, no parezca mal que la crecida parentela nos valga; que sus narradores acudan en estímulo —si no precisamente a guía— y acaso abran ventanas para la derrengada narrativa de aquí. A buen seguro, a los debutantes aprovechará mejor un impulso venido de autores consanguíneos que no de extraños, y traídos además a nuestra habla por manos que no siempre son del ramo escritorial.

Largo salió el exordio para llegar al nuevo libro del peruano Vargas Llosa, el tercero de los editados en Barcelona, pues si debe su renombre internacional a «La ciudad y los perros», premio Biblioteca Breve y premio de la Crítica, antes había ganado el Leopoldo Alas de cuentos con los soberbios de «Los jefes».

Este de ahora, «La Casa Verde», vez y media más largo que la novela precedente, lo dobla en gozosa sazón. Y vaya por delante, es también de lectura infinitamente más difícil; bueno, que exige despierta atención, morosa marcha, apasionante relectura, como que invita al juego de perderse en el laberinto deambulando una vez y otras, y sin cansancio, por los mismos parajes con siempre cambiantes impresiones y efectos. Comprobando, atónito, el crecer orgánico de la materia novelesca y la novelada, inatajable mancha de aceite que a la postre engloba todo un variopinto universo mediante la concertada alternancia de los algunos de los contrastes del vasto territorio peruano: el secarral salitroso, la selva amazónica, el indio irreducible a «civilización» y el cholo estragado por ésta, la miseria y fatalismo de unos y los dineros fáciles (es un decir) de los traficantes, la inevitable frustración de todos y de todo, en fin Otro diría: el desquite de la naturaleza, omnipresente y extremosa, sobre el hombre, así el emprendedor como el desgano, el culturalizado como el aborigen.

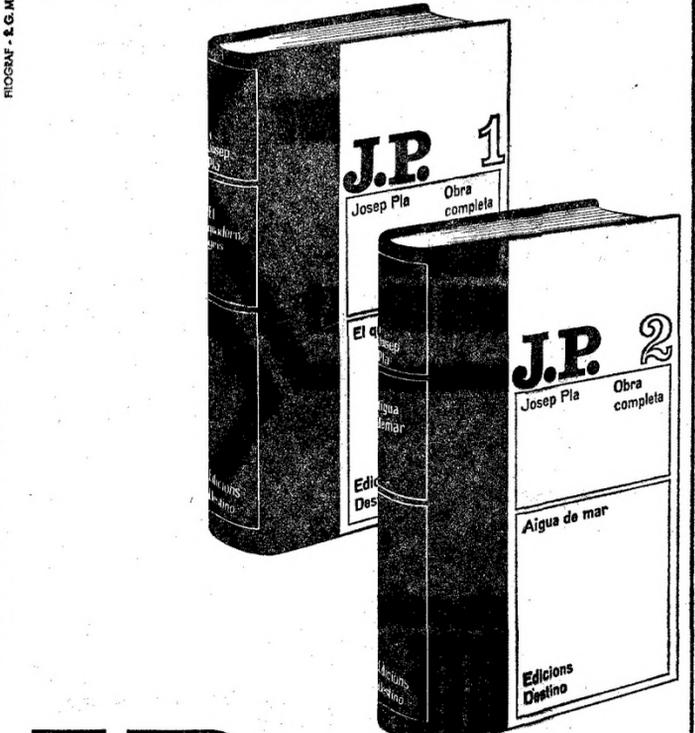
Sobre el apenas insinuado hilo conductor, que es la navegación de un oriental de rompe y rasga, vencido ya por el morbo y para el pudridero del lazareto, se tejen y entretajan las peripecias y escorzos del multitudinario drama, sin atenerse a imperativos de lugar ni tiempo, importando todavía menos si lo que se pone es dialogado o queda de labios adentro, lo dice Perico o Martinico o sólo el autor. Análogas situaciones —y a fe que abundan— serán pues traídas al mismo lugar por kilómetros, años y personajes que las separen. Y puesta una en boca de un fulano, en el mismo aparte, como dicha por él, seguirá o se entrecruzará la referida a o por mengano. Análogamente, donde ese uno habla —o piensa, o actúa— van de bracet sus pensares y acciones de parecido signo en un arco de muchos años de su sirgar. Un proceder por simpatía o resonancia, y no a hilo de lógica. Etopeya, antes que epopeya. Concertadas, eso sí, con pulso firme y capaz respiro. Una matizadísima y contenidísima construcción, una soberbia y solemne sintonía. Distancias guardadas, y experimentos de lenguaje a un lado, te aviva el ya lejano recuerdo del «Ulises» de Joyce, con su taracea, sus cantables, la minuciosa distribución de los efectos, las escapadas y los acordes, y aquel sobrecogedor hacerte sentir «que andan las islas».

Nada adelantará de las cinco historias que juegan a justicias y ladrones, entre otras cosas por la patente dificultad de ponerlas en orden. Que la santidad y las buenas intenciones no basten para sacar con bien las empresas; que el más feo resulte ser el más hermoso, digo que una vida de mal obrar no impida, al final, ser tenido —quizás con razón— en concepto de bienhechor; que en aquel mundo en inestable tensión, el agente del orden —pon, guardia civil— tenga continua pugna en su interior, pueblo él y ejecutor de un mandato social: no, ni aludirá a la trama, ni a su frasca y celajes. Baste con subrayar el gran sentido coral, el ímpetu, la hermosura —la hondura de sentimiento, también—, y la sabia, la portentosa mano de apenas treinta primaveras que ha concertado esta novela excepcional.

Juan Ramón MASOLIVER

Mario Vargas Llosa «La Casa verde». Bibl. Formentor. Seix Barral, B. 8.º 432 pp. y un mapa.

Obra completa de JOSEP PLA



J.P. El gran escritor que ha hecho del catalán un idioma universal. Volúmenes aparecidos

1 EL QUADERN GRIS Prólogo de Joan Fuster. Un dietario de juventud del gran escritor, en su mayor parte inédito, sobre el mundo familiar de Palafrugell y los años de estudiante en Gerona y Barcelona. 850 págs.

2 AIGUA DE MAR Libro que recoge todo cuanto Pla ha escrito sobre el mar, con más de doscientas páginas inéditas. 650 págs.

Volúmenes encuadernados en piel. Precio vol. Ptas. 400.

EDICIONES DESTINO Tallers, 82 - Tel. 231 78 05 - BARCELONA-1

MESA DE REDACCION

ALHAMBRA Y GRANADAS POR EL MUNDO

«Son muchas las ciudades donde existe algo que lleva el nombre o es imitación mejor o peor entendida de la Alhambra, y este algo es un teatro de género lírico, una sociedad coreográfica, un café cantante, cosa artística desde luego, pero en que lo esencial son los descotes y las pantorrillas. La idea universal es que la Alhambra es un edén, un Alcázar vaporoso donde se vive en fiesta perpetua.» Esto dice, en «Granada la Bella», Angel Ganivet. En ocasión del centenario de este autor, el profesor Gallego Morell ha levantado censo de los locales y lugares ultramarinos que ostentan dicho nombre, o el de Granada, en docena y media de países, desde Suecia y los Estados Unidos a Rodhesia y Pakistán. En la lista aparecen 17 Alhambras que son teatros, cines o salas de fiestas, una productora cinematográfica, una emisora de televisión, una tienda de alquiler de disfraces, un gimnasio y una agencia de publicidad. También 3 hoteles, 8 entre restaurantes y cafés, una fábrica de tabacos, 5 comercios de varia índole (pastelerías, plásticos, electrodomésticos), un par de calles, una inmobiliaria y un barrio residencial. El nombre de Granada, en cambio, va preferentemente al ramo de hostelería (7), aunque también lo ostentan un teatro, una cadena de TV, una calle, un colegio infantil y 3 comercios. No son pocos, en junto. Pero el profesor granadino se ha quedado corto, a nuestro ver. Sin forzar mínimamente la memoria añadiríamos cuatro Alhambras: un cine en Génova, un hotel de San Remo y sendas pensiones en Génova y Merano.

con especial acento sobre la investigación: aparejará el título de doctor y cubrirá las crecientes necesidades de personal docente universitario. Con ello también cesará la ficción de que cualquier título superior autorice el ejercicio de una actividad puramente científica. Otros estudios, en fin, serán los cursillos de perfeccionamiento para que los profesionales refresquen periódicamente sus conocimientos, situándose al nivel alcanzado en el interior por la ciencia, en obsequio al principio de la «educación permanente». Como en el lema dannunziano: «Per non dormire».

LIBROS EN CATALAN

A 453 ascendieron los títulos publicados en catalán el pasado año. La cifra es altamente satisfactoria, máxime habida cuenta de que apenas cinco años antes ese número andaba en torno a los 80, y cabe esperar que el ritmo progresivo no decaiga en los próximos años. De lo que no andamos tan seguros es si la cota presente se había rebasado ya en años anteriores. Pues aunque tenemos a la vista unas interesantes cifras de «Xaloc», a tenor de las cuales, de los 90 títulos catalanes de 1876 se dobló el cabo de los 500 ya en 1928 660 eran las obras del año siguiente y en el 33 se alcanzó la punta de 740, un punto de esa estadística aconseja alguna reserva. Este: que en 1939-47 no se publicara libro catalán alguno. Ahora bien, sobre que en Mallorca y tierras valencianas no hubo, que sepamos, solución de continuidad a este respecto (la biblioteca Les Illes d'Or, por ejemplo; «Volar» de Xavier Casp, que salió en el 43), no es menos cierto que de ese año tope, 1947, son la «Obra poética» de Sagarra; «Sol i de dol», de Foix; «Sota la sang», de Peruch; los «Poemes» de Barri; del año precedente, entre otros libros barceloneses, «El caçador», de Garcés; «Sempre i ara», de Clementina Arderiu; «Cementiri de Siner», de Espriu, y los primeros volúmenes de la Selecta. En rigor, las ediciones en catalán se reanudaron en 1943 gracias al donado esfuerzo de José María Cruzet y Manuel Borrás de Quadras, lanzando aquel Verdaguier en millar y medio de páginas de papel biblia y regia encuadernación, gloriosa primera piedra de tan vital resurgir. Y del año siguiente, con el mismo y benemérito cuño editorial, son los tres pulcros tomos de «L'Atlàntida», «Canigó» y «Montserrat» verdaguieranos. Que lamentemos el forzado silencio anterior no ha de ser parte a silenciar la acción lúcida y decisiva del malogrado Cru-

PARA ABREVIAR LOS ESTUDIOS UNIVERSITARIOS

La plétera de alumnos y la excesiva duración de los estudios superiores ha movido al Consejo Científico de la Alemania federal a estructurar un plan de reforma que Gobierno y Parlamento parecen dispuestos a aceptar. La reforma prevé unos estudios básicos articulados en cuatro años (ocho semestres), con una prueba al término del cuarto curso semestral, que facultarán para la obtención del título de «magister» y el ejercicio de la correspondiente profesión. De éstas se excluyen las de juez, altos cargos de la administración y catedráticos de segunda enseñanza, que comportan un período de prácticas, y de la medicina, cuyos estudios se reducen de ocho años a seis (uno de internos). Un segundo grado será el complementario, dos años de duración, para los mejor puntuados en los estudios básicos y